

## LA UNIDAD ECONOMICA DE EUROPA (1)

**D**URANTE cuarenta años, Europa, poco a poco, ha destrozado las condiciones de su grandeza económica. El crecimiento del poderío alemán quebró el sistema de la seguridad europea y empujó a las naciones a un nacionalismo económico y político cada vez mayor. La estrangulación del comercio intereuropeo eliminó la competencia entre las industrias básicas de Europa. Encastillados en compartimientos nacionales, los países europeos no han hecho el uso más eficiente de sus recursos. Así, por citar un ejemplo, el exceso de la población de Italia no ha podido nunca pasar a Francia, demográficamente deficitaria.

Los historiadores han comparado la Europa de nuestros días con la antigua Grecia, en donde las ciudades-Estados nunca alcanzaron la unidad política, lucharon entre sí hasta el agotamiento y acabaron siendo las víctimas de invasores de inferior cultura.

La baja eficiencia de la producción en Europa parece ser el elemento básico que crea el desequilibrio actual de sus relaciones económicas con Estados Unidos.

Durante gran parte del siglo XIX, el Reino Unido disfrutó de un aumento relativo de la productividad, muy superior al de los demás países; pero las importaciones de alimentos y materias primas y sus inversiones en el extranjero saldaban su balanza con el exterior. Norteamérica, en cambio, está mucho más cerca de la autosuficiencia.

La producción por obrero ha aumentado considerablemente en la mayoría de los países europeos desde que terminó la segunda guerra. El problema más importante es el de si la productividad ha aumentado, o es probable que aumente, lo suficiente para permitir a los países europeos exportar en competencia con los productores norteamericanos. Desde 1938, los salarios han aumentado en Europa menos

---

(1) Comunicación leída en el *Seminario de Europa*, del Instituto de Estudios Políticos (Curso de 1949-50).

que en Norteamérica; pero en esta última la productividad ha crecido más deprisa que en Europa, con el resultado de que en la actualidad la diferencia entre las productividades es mayor que en 1938. En el año 1948 la productividad del trabajo en la industria europea era, aproximadamente, la cuarta parte que la de Estados Unidos, y en la agricultura una sexta parte. Sin embargo, las diferencias en el nivel de costes entre los países no impiden el equilibrio de las relaciones económicas internacionales. La división internacional del trabajo se regula por las diferencias relativas en los costes, más que por las diferencias absolutas. No obstante, para el arreglo de la situación económica actual es necesaria una reducción de la diferencia de productividad entre Europa y América. La productividad en Europa podría aumentarse con un equipo productivo mejor, administración más adecuada y un uso más efectivo de la mano de obra, lo que equivale a la posibilidad de desplazamiento de recursos de los sectores menos productivos a los más productivos.

La mejora del equipo de producción exige un aumento de las inversiones que resta recursos de las exportaciones inmediatas. La solución del problema a corto plazo está en contradicción con su solución a largo plazo. La mayoría de los países europeos han aumentado sus bienes de capital desde 1945. En 1948, la inversión neta en capital fijo, en Europa (con exclusión de Alemania), era de unos cinco mil millones de dólares, es decir, aproximadamente la mitad de la de Estados Unidos. Hay que recordar que las inversiones recientes probablemente no han tenido tiempo de repercutir en toda su plenitud sobre los costes y las exportaciones. Estas inversiones han equivalido a la ayuda recibida de los Estados Unidos.

Se trata de encontrar los medios por los que Europa pueda hacerse pronto razonablemente autárquica, con un nivel de vida, al menos, no muy inferior al de 1939. Aunque no debe olvidarse que cualquier solución que implique una reducción sensible del nivel de vida en la Europa occidental, al poner en peligro la existencia de sus tipos actuales de gobierno, es probable que socave la política exterior de los Estados Unidos.

La reanimación actual de la economía supone canalizar una parte del comercio que antes se hacía dentro de Europa hacia países extraeuropeos, singularmente Estados Unidos. El comercio intereuropeo es un 30 por 100 inferior al de 1938, debido, entre otras cosas, al escaso volumen del comercio exterior de Alemania y Austria.

Los países europeos se dan cuenta de que sus economías no se acomodan al patrón actual de la actividad mundial. Se imponen cambios de estructura que requieren nuevas inversiones. Además son precisas estimaciones del futuro modelo a que se ajustará la división internacional del trabajo, que no sólo depende de los costes comparativos, sino de las políticas de los Gobiernos y de las perspectivas de guerra. Los países europeos tratan de desplazar internamente sus recursos. Hay una tendencia general hacia una mayor industrialización, sobre todo en las ramas metalúrgicas y textiles; pero no se ve un desarrollo ponderado de Europa, considerada en conjunto. Existen indicios de que algunos países, como Inglaterra y Francia, comienzan a reconocer las ventajas de un mayor desarrollo agrícola; pero esta tendencia puede conducir a mayores subsidios para los agricultores americanos con objeto de facilitar las exportaciones agrarias de Estados Unidos.

Los recursos productivos de una gran nación industrial, incluso cuando se eliminan aquellos que contribuyen directamente a su potencial bélico, siguen siendo una fuente de poder. La mano de obra, adiestrada y acostumbrada a la disciplina y organización de la industria, pasa con facilidad y rapidez de unas a otras formas de producción. El consumo confiere bienestar; la producción suministra poder. Las fuerzas políticas, preocupadas siempre con el poder, tienden a favorecer preferentemente a la producción. Esto puede parecer paradójico a quienes, como los economistas, insisten en que la producción es el medio y el consumo el fin. Y es paradójico porque la política de poder, en sí, también lo es. El mundo ha hecho grandes esfuerzos por librarse de la política de poder, pero hasta ahora no lo ha conseguido. Y, sin embargo, la experiencia ha demostrado que los países, como las empresas, no tienen que ser forzosamente gigantescos para poder competir en el terreno económico con los gigantes.

#### LA TESIS DE LA UNIÓN ECONÓMICA

En opinión de algunos autores, el déficit de dólares que padece la Europa occidental no es consecuencia de la segunda Guerra Mundial, sino el resultado de una evolución histórica que la guerra simplemente aceleró. Puede reducirse en cuantía notable si la Europa occidental constituye una unión económica, restringe fuerte-

mente sus importaciones de los Estados Unidos y amplía sus exportaciones a Norteamérica y a terceros países. Esta unión económica debe constituir, además, una unión política y servir para reafirmar la fe que resista al comunismo.

Se distingue entre causas inmediatas y causas mediatas de la escasez de dólares. Entre las primeras figuran la pérdida de inversiones en el extranjero, el desgaste y envejecimiento de la maquinaria industrial y el agotamiento del capital circulante. Entre los factores mediatos figura el crecimiento de la productividad y del poderío americano, una menor explotación de las colonias y la amenaza comunista, que, para conjurarla, obliga a aumentar las cargas sociales en Europa. Europa, además, ha de producir los jefes, los métodos y las instituciones que hagan de una yuxtaposición de naciones animosas, pero económicamente asfixiadas, un nuevo continente en la Europa occidental. El sistema de pagos intereuropeos basados en el suministro de dólares por los Estados Unidos no es ninguna solución permanente. El objetivo a largo plazo que sugieren las organizaciones internacionales de nuestros días es la efectiva integración de la economía de la Europa occidental, la constitución de un mercado único para 270 millones de consumidores, en el que se supriman definitivamente las restricciones cuantitativas al movimiento de mercancías, las barreras monetarias que entorpecen los pagos e incluso las tarifas arancelarias. Se considera este proyecto como el único marco en el que Europa podría comenzar a ser verdaderamente autárquica y conseguir un nivel de vida elevado y creciente.

Hay que estimar, sin embargo, en todo su valor las dificultades que se oponen a las medidas recomendadas para la cooperación económica europea. Los hombres que llevan sobre sus hombros la tarea de organizarla no son funcionarios internacionales, sino funcionarios responsables de Estados nacionales soberanos cuyo deber tradicional es defender los intereses de sus respectivas naciones en el mayor grado posible. Por otra parte, la actividad económica en la Europa occidental está casi totalmente en manos de empresas privadas, y los gobiernos, aun cuando hayan firmado acuerdos con otros países, no tienen medios para controlar suficientemente si sus compromisos se cumplen dentro de sus propias fronteras. Por último, conviene hacer constar que el movimiento hacia la cooperación económica de Europa comenzó y continúa siendo en gran parte impulsado desde América.

Planteando el tema en un plano más modesto, cabría preguntarse: ¿Cuáles son las circunstancias que dificultan la vuelta a un sistema de comercio multilateral? Los que dirigen la política comercial en los países europeos contestarían señalando como impedimento principal el repetido argumento de la escasez de dólares. Pero en este punto podría distinguirse entre cada uno de los países europeos tomados individualmente y Europa considerada en su conjunto. Aunque la escasez de dólares pueda considerarse como una justificación válida para que un determinado país se lance por la vía de los convenios bilaterales, con la consiguiente inconvertibilidad de su moneda, Europa, como un todo, no ahorra dólares por tales métodos. Los acuerdos bilaterales son la lucha de cada país por superar su propia escasez de dólares, aumentando, e incluso creando, la escasez de dólares en otros países. Una vez que cada país europeo consiguiese equilibrar su balanza de pagos con el resto de Europa, las monedas europeas podrían hacerse, al menos, transferibles entre otros países, aunque no convertirse en dólares, pero esto sería ya un gran paso hacia el comercio multilateral.

Al hablar de escasez de dólares queremos significar que el país que la padece está obteniendo recursos de América para elevar sus inversiones o su consumo por encima del nivel de sus propios recursos. Es claro que en tanto los países europeos obtengan ayuda de América, necesariamente y por definición, viven por encima de sus propios medios. Esta situación no tiene nada de alarmante, ni la ayuda en dólares representa una excusa para el bilateralismo y la no convertibilidad de las monedas. Muchas naciones han tomado a préstamo del extranjero durante años y han vivido por encima de sus propios medios antes que desapareciese el sistema de comercio multilateral y la libre convertibilidad monetaria. La situación se hace peligrosa sólo en el caso de que los países europeos pierdan sus reservas en oro y dólares, a pesar de estar recibiendo la ayuda americana, o si no puede esperarse que sus economías se basten a sí mismas cuando la ayuda cese. Han de prepararse para este día acumulando reservas en dólares, lo cual supone una reducción de sus niveles de inversión y de consumo por debajo de los actuales.

El hecho de que la escasez de dólares sea el principal obstáculo para restablecer el comercio multilateral en Europa no justifica la conclusión de que no pueda conseguirse ningún progreso hacia

esta meta mientras cada país no haya equilibrado su balanza con el área del dólar. Dos caminos están abiertos actualmente:

1.º No todos los países europeos sufren escasez de dólares, y los que la padecen conocen diferentes grados en cuanto a este fenómeno. Suiza, Bélgica y algún otro podrían implantar la convertibilidad libre de sus monedas con una pequeña ayuda de Norteamérica. Esta política exigiría cuatro requisitos: a) Los países recibirían unas reservas adicionales en dólares con las cuales crear un fondo de maniobra suficiente; b) Cuanto mayor fuese el número de estos países más se alejaría el peligro de un drenaje de sus reservas; c) Se implantaría una política de cambios flexible, con objeto de que, si surgiese la amenaza de desaparición de sus reservas, pudieran modificar el valor exterior de su moneda hasta llegar a un tipo realista respecto del dólar; d) Este grupo de países estaría dispuesto de antemano a reajustar sus economías. La resistencia a hacerlo es, junto con la escasez de dólares, el impulso más fuerte que los ha conducido a los acuerdos bilaterales.

2.º El segundo camino se propone algo menos que la plena convertibilidad de las monedas europeas. Se limita a lo que se llama ahora transferibilidad, esto es, convertibilidad entre los países de Europa, pero no en oro o en dólares. Esta solución es posible, con tal que cada país en el grupo tenga su balanza de pagos aproximadamente equilibrada con el resto de las naciones que lo integran.

Sin embargo, en tanto no se modifiquen sustancialmente una serie de factores extraeconómicos que pesan de modo decisivo en nuestra Europa, lo probable es que las naciones continúen considerando sus derechos soberanos para una acción económica unilateral como inviolables. Existe incluso la posibilidad de un resurgir alemán que domine la organización económica de la Europa occidental o de que se formen bloques europeos hostiles entre sí. Cada vez adquiere más fuerza la idea de que la Europa occidental ha de cooperar o prepararse para hacer frente a un posible desastre irreparable.

#### LA «TERCERA FUERZA»

El problema de la escasez de dólares, adicionado al del comunismo, plantea las relaciones de la Europa occidental, por una parte, con los Estados Unidos y, por otra, con la Rusia soviética. Al-

gunos autores sostienen que una Europa occidental unificada podría constituir una unidad económica viable y capaz de resistir por sí sola al comunismo. Esta es la famosa tesis de origen europeo llamada de la «tercera fuerza». Si la amenaza soviética no existiera, la Europa occidental unida sería una unidad económica viable, con tal que fuese capaz de imponer sus propias relaciones de intercambio a los productores de materias primas y alimentos y pudiese excluir a la industria americana de la competencia dentro de este área amplificada de la esterlina, que resultaría de la unificación. Ambas condiciones no son imposibles y fortalecerían a Europa frente a Norteamérica, aunque los americanos reconocen que pocos medios habría más eficaces para minar la supremacía económica e industrial de Norteamérica.

La unificación no libraría a la Europa occidental de la necesidad de destinar cuantiosas sumas para armamentos y para atenciones sociales. Además, el nivel de vida, relativamente alto, de la Europa occidental y su productividad, relativamente baja, exigen que las áreas coloniales sigan siendo colonias, y la Europa occidental carece de fuerza para mantener esta situación.

La «tercera fuerza» —en opinión de sus contradictores— es un nuevo sustituto para aplazar la penosa necesidad de liquidar algunas de nuestras ilusiones. Para los Estados Unidos, puede representar la esperanza de reducir la ayuda económica al extranjero. Para los europeos, representa la esperanza de ser independientes y tratar en un plano de igualdad a Norteamérica. En definitiva, se afirma, es el modo de provocar la ruina de unos y otros. La «tercera fuerza», si no incluye a los Estados Unidos, provocará la anticipación del término de la hegemonía americana. En el trágico sistema de los dos mundos que ha surgido de la última guerra, esto sería un desastre no sólo para Estados Unidos, sino para la propia Europa. Aun cuando en un eventual conflicto entre Rusia y América la Europa occidental permaneciese neutral, caso de salir América derrotada, Europa se convertiría automáticamente en un inmenso dominio soviético. Se llega a afirmar que quizá la solución pudiera ser una unión política y económica de la Europa occidental que englobase a los Estados Unidos.

MIGUEL PAREDES MARCOS